

Hotspur, murió según algunos, por el dardo de un arquero que le atravesó el cuello; según otros, por la espada del príncipe de Gales, que al fin lo venció en el combate.

Archivaldo Douglas, merced á la lijereza de su caballo y á la fuerza de su brazo, se abrió campo por enmedio de los enemigos, y huyó, acompañado de otros caballeros; pero al saltar un precipicio, dió en tierra y fué hecho prisionero.

Así concluyó la memorable batalla de Shrewsbury, que destruyó á todos los enemigos de Henrique IV. En cuanto al príncipe de Gales, persuadido de que habia cumplido simplemente con su deber de hijo y de príncipe, y satisfecho con haber vencido no á Hotspur, sino á los enemigos que lo desacreditaban cerca de su padre, volvió á Londres á ocupar su tiempo en sus acostumbradas orgías y á frecuentar la sociedad de la buena Miss Quickly, satisfecho mucho mas con las fingidas hazañas del caballero Falstaff, que con los hechos gloriosos del heredero del trono.

MEMORIAS

XXI.

LOS TRES HENRIQUES.

(CONTINUACION.)

Ni las victorias en el campo de batalla, ni las fiestas y regocijos públicos, ni la lisonja de los cortesanos, ni las alhajas y tesoros, pudieron dar á Henrique IV la paz, la calma y la tranquilidad, que no se adquieren sino con una conciencia sana y limpia.

Los últimos años de la vida del monarca, fueron llenos de agitacion y de sufrimientos. Atacado de epilepsia y de una enfermedad cutánea en la cara, su rostro, que habia sido imponente y lleno de magestad, se puso deforme y repugnante. El mas leve disgusto le ocasionaba un ataque violento que

lo privaba de la razon y lo tenia algunos dias en cama.

La popularidad que le habia grangeado su juventud, su vigor y su fortuna en la guerra, iba perdiéndose dia por dia.

Veía el pueblo á su rey enfermo, á veces totalmente falto de juicio é incapaz por consecuencia de defenderse, ni de defender á sus amigos de los ataques y asechanzas de los partidarios de la casa de York, representada por el jóven conde de March, y heredero natural y legítimo de la corona. Deseaba, pues, que cuanto antes acabara la vida del soberano y ocupase el trono el príncipe de Gales, calavera y disoluto, pero valiente, franco y generoso.

El pueblo, dicen los historiadores, adivinó con un delicado instinto que habia en el fondo del alma del jóven príncipe, cualidades sublimes que se desarrollarían en alto grado luego que subiese al poder.

Los malos amigos y peores consejeros, que nunca faltan al lado de los grandes, continuamente inspiraban al monarca temores, zelos y desconfianza con respecto á su hijo, eesagerándole sus extravíos y faltas, y pintándolo como un ambicioso, aliado con la gente mas perdida y mas inmoral del reino, para arrebatarle en primera oportunidad el cetro y la corona. Así, cuando Henrique despertaba de esa dolorosa soñolencia en que lo hundian

sus padecimientos físicos, no era sino para buscar agitadamente su corona, que siempre colocaba en la cabecera de su lecho, para preguntar donde estaba y qué hacia su hijo, y para quejarse de él con los cortesanos que lo rodeaban.

Un dia, por fin, el rey tuvo un ataque mas violento que el de los dias anteriores, y hubiera caído en el suelo si no hubiesen acudido á socorrerlo el duque de Clarence, el duque de Gloucester y el conde de Warwick que en brazos lo condujeron á su alcoba. Cuando el príncipe de Gales entró, el rey habia perdido el conocimiento, su cuerpo se habia enfriado y su respiracion se habia contenido.

Pues que al escribir esta narracion hemos seguido no solo á los mejores historiadores, sino tambien á Skahspeare, á ese gran historiador y filósofo (\*) que tan admirablemente supo trazar cuadros

(\*) Lingard en la historia de Inglaterra, al hablar del príncipe de Gales, despues Henrique V, se refiere á Skahspeare, y cree que lo que dice el poeta merece una fé histórica. Skahspeare no solo se servia de las crónicas escritas en aquel tiempo, sino de las narraciones orales que transmitidas de padres á hijos aun cuando en las formas estén revestidas por la imaginacion de un carácter romancesco, en el fondo conservan la pureza y la verdad histórica. Creemos por lo demas, hacer un obsequio á los amantes de la literatura en México, poniendo ante su vista algunos trozos muy bellos del autor inmortal de Otello y de Julieta.

fieles que retratan perfectamente las escenas y costumbres de la época, dejémosle hablar en los últimos momentos de la muerte de Henrique IV.

El rey se halla tendido en un suntuoso lecho lleno de cortinages de púrpura y de oro. El príncipe descuidado en su vestido, maltratado y marchito su rostro por los desórdenes y las orgías, se acerca á su padre. Todos los demas parientes y cortesanos han dejado solos en este momento solemne al rey ya muerto y al heredero del trono. Hay en el palacio un silencio profundo.

Henrique se sienta junto al lecho, y observa con atención la corona real que su padre tenia junto de la cabecera.

“¿Por qué está colocada, dice el príncipe, debajo de la almohada esta importuna compañera de la noche?

¡Oh brillante objeto, cuántos cuidados y pesares oculta tu oro reluciente!

Cuántas veces tienes abiertas toda la noche las puertas del sueño á la inquietud y al cruel insomnio! ¿Tú duermes con ella ahora? Nunca tu reposo será tan dulce y tan perfecto como el del hombre cuya frente ciñe la banda grosera de la indigencia y que llena la noche con la respiracion de un sueño profundo. ¡Oh magestad, cuánto pesas al que te soporta; te pareces á una rica y pesada armadura que calentada con los ardores del estío quema y abrasa al hombre á quien defiende!”

El príncipe se levanta, toma una pluma y la coloca junto á la boca de su padre, y observando que ni aun lijeramente se mueve, vuelve á sentarse y esclama:

“¡Padre mio, gracioso soberano!”

Queda un momento en silencio, y luego continúa:

“Hé aquí un sueño bien profundo. Sí, es el sueño que hace caer para siempre de la frente de los reyes de Inglaterra este círculo de oro que se llama corona. Padre mio, debo pagarte el tributo de las lágrimas y de los dolorosos gemidos que la ternura filial me inspira! Yo cumpliré con estos tristes deberes, ¡oh padre querido! Y tú que debes á tu hijo la corona real, permítte que de tu trono y de tu frente descienda inmediatamente sobre mi cabeza. (El príncipe toma la corona y la coloca sobre su cabeza.) Ya está colocada. El cielo me la conservará, y aun cuando la fuerza toda del universo se concentrara en el brazo de un gigante, este gigante no me arrancaria esta corona hereditaria. La recibo de tí, padre mio, y la transmitiré á mis hijos como tú me la trasmites á mí!”

El rey, que no habia tenido mas que un letargo, vuelve en sí y lo primero que hace es buscar instintivamente con sus manos descarnadas y trémulas, la corona que habia dejado debajo de su almohada. “Mi corona, mi corona, Warwick, Gloucester, Clarence, ¿dónde está mi corona? ¿Quién se la ha lleva-

do? Ah! el príncipe Henrique la habrá tomado sin duda; corred à buscarlo. ¿Está tan impaciente que ha creído que estaba yo muerto cuando solamente dormía? Buscadle, Lord Warwick, y obligadlo que venga aquí. Esta conducta agrava mi mal y apresura mi fin. Hijos, he aquí lo que sois y con qué prontitud en cuanto brilla el oro ante vuestra vista, os convertís en desnaturalizados y rebeldes. ¿Para esto los padres insensatos interrumpen su sueño, fatigan sus miembros, trabajan y se llenan de cuidados y de inquietudes? ¿Para esto se afanan en acumular los talegos del oro corruptor, adquiridos quizá á costa de grandes sacrificios? Hé aquí la recompensa de todos los cuidados que tienen los padres para educar á sus hijos, instruirlos en las artes y en los ejercicios marciales. Los padres tienen la suerte de la abeja que saca de cada flor su jugo bienhechor y cargada de cera y de miel lo lleva todo al panal, y obtiene la muerte como recompensa. Este amargo sentimiento acaba de aniquilar á un padre moribundo."

El príncipe Henrique, llamado por Warwick, entra á la alcoba del rey, el cual manda que todos salgan y lo dejen solo con su hijo.

—“No creía yo, padre mio, dice el príncipe, poderos oír todavía una vez.

—“Tu deseo secreto, le responde el rey, te ha inspirado esa idea. Vivo demasiado tiempo, es

verdad, y tu estás cansado de verme. ¿Desea tanto mi trono y tienes tanta impaciencia de verlo acante, que no has podido evitar el adornarte con mis insignias reales, antes que tu hora legítima haya llegado?

—“¡Oh juventud loca! tú aspiras á la corona y su peso te doblegará! Aguarda todavía un momento, hijo mio. La nube dorada de mi grandeza sostenida solamente por un viento débil, no dilatará en evaporarse y desaparecer para siempre. Pronto acabará para mí el dia.

—“Tú me has robado vergonzosamente una corona que con algunas horas de paciencia era tuya sin culpa y sin crimen; pero al instante mismo de mi muerte pones el sello á mil tristes sospechas. Tu vida me ha probado que no me amabas y has querido que yo muriese convencido de ello. Tú ocultas en tu corazon de roca mil secretos pensamientos que como otros tantos puñales me asesinan en la última hora de mi vida. ¿Qué no has podido contenerme y dejarme vivir tranquilo siquiera una hora mas? Pues bien, ve, corre á cavar mi tumba tú mismo, y ordena que las campanas repiquen alegremente y anuncien que tú te has coronado y que yo he muerto. Que las lágrimas que debían regar mi ataúd sirvan para ungir tu cabeza coronada. Apresúrate á sepultar entre el polvo oscuro y pronto olvidado, y á entregar á los gusanos el cuerpo de quien te ha dado la vida.

“Despoja de sus empleos á mis servidores, y á mis oficiales, borra mis decretos porque ha llegado el tiempo en que se pueda insultar á las leyes y burlarse de todas las reglas de la moral. ¡Henrique V está coronado! Locura despierta, grandeza real desaparece, huid severos magistrados y sabios consejeros, y vosotros todos los que seais hombres frívolos y ministros de la ociosidad, de la indolencia y de la prostitucion, venid de todos los países del mundo á reuniros á la corte de Inglaterra. Naciones vecinas ¿tenéis disolutos que juran, que beben, que bailan y que charlan todas las noches, y ladrones que roban y asesinan? Felicitaos que ya no turbarán vuestra tranquilidad.

“La Inglaterra los llama y paga abundantemente sus crímenes con oro. La Inglaterra les dará empleos, honores y autoridad, porque Henrique V romperá el freno que contenia al escándalo, y este monstruo feroz podrá impunemente enterrar sus dientes y sus garras en la virtud y en la inocencia.”

“¡Oh mi pobre reino todavía sangrando de tus llagas domésticas! Si toda mi autoridad y mis cuidados no han podido preservarte de los excesos de la prostitucion y del vicio, ¿qué será cuando el vicio en persona va á ser tu amo y tu señor? ¡Oh! te convertirás en un vasto desierto poblado únicamente de lobos hambrientos y voraces.”

El príncipe Henrique no habia podido interrumpir al rey moribundo, á quien la cólera y el senti-

miento le daban energía aun en los últimos instantes de su vida; pero apenas guardó un momento de silencio cuando el jóven sollozando se prosternó ante el lecho de su padre.

“Perdonadme, mi soberano y mi señor. Si las lágrimas no me hubiesen quitado la facultad de hablar, habria evitado este amargo reproche de vuestra ternura, ántes que el pesar hubiese envenenado vuestras palabras y que yo hubiese oido este discurso desgarrador. Hé aquí vuestra corona, y que el Señor que ciñe en los cielos la corona eterna, la conserve todavía largo tiempo sobre vuestra cabeza. Si yo amo la corona, es porque ella representa vuestro honor y vuestra gloria. El cielo es testigo que cuando he entrado en vuestra alcoba ningun soplo animaba á V. M. Mi corazón en aquel momento ha sido asaltado de un frio mortal, y muera yo si miento, en medio de la vergüenza de mis extravíos, sin tener tiempo para demostrar al mundo incrédulo el noble cambio que se ha efectuado ya en mi alma.

“Venía para veros, padre mio, y creyendo que estábais muerto, casi muerto yo mismo á causa del sentimiento de haberos perdido, dirigía la palabra á esta corona, como si ella hubiese podido oirme y la hacia estos reproches. Las inquietudes que van juntas contigo han acabado la vida de mi padre; tú eres el oro mas puro y mas brillante; pero tambien el mas peligroso.

“Haciéndole estas recriminaciones es como yo coloqué la corona sobre mi cabeza, como para afrontar el poder de un enemigo que delante de mis ojos habia dado la muerte á mi padre.

“Mas si su posesion ha manchado mi alma con un solo sentimiento de alegría, ó mis pensamientos con el orgullo; si la idea del poder, de la rebelion ó de la vanidad han lisonjeado mi corazon con algun placer, que se aleje para siempre de mi cabeza y que yo quede sumergido en el abatimiento del mas oscuro vasallo, que á su sola vista tiembla de terror y dobla la rodilla.”

El rey tranquilo enteramente con la respuesta de su hijo, porque el corazon de un padre necesita muy poco para perdonar y dejarse convencer, le responde:

—Hijo mio, quizá el cielo te ha inspirado la idea de llevarte mi corona, proporcionándote con esta imprudencia una ocasion de que recobres mas y mas mi afecto. Acércate, Henrique; siéntate junto á mí y escucha el consejo que te dá mi voz moribunda. El cielo sabe, hijo mio, por qué tortuosos y oblicuos senderos he obtenido la corona, y yo sé cuánto ha turbado y oprimido mi cabeza mientras que ha reposado en ella. Sobre la tuya se colocará pacífica y honrosamente y estará mas firme, porque los reproches que á mí me ha costado el adquirirla van á sepultarse conmigo en la

tierra. Para mí no ha sido mas que un honor arrebatado violentamente, y estaba rodeado de todos los que me echaban en cara que no la habia obtenido sino por su apoyo y cooperacion. De aquí nacian continuas disputas y la necesidad de derramar sangre. He disipado la tormenta y he sostenido como tú lo ves, esta lucha atrevida y terrible; pero todo mi reinado no ha sido, por decirlo así, mas que una escena donde esta gran cuestion se ha debatido constantemente. Mi muerte cambia enteramente el estado de las cosas, y esta corona, de que yo me apoderé por la conquista y por la fuerza, caerá sobre tu cabeza por un derecho mas dulce y legítimo, porque tú recibes la diadema en virtud de un título hereditario.....

—Mi amado soberano, responde el príncipe, puesto que vos la habéis ganado, la habéis llevado sobre vuestra cabeza, la habéis sostenido y me la dais, su posesion debe ser legítima y tranquila, y prometo llevarla y defenderla contra todo el universo.....

Así pinta Shakspeare la escena en que Henrique IV abandonaba la vida, mientras su hijo el caballero y tormentista príncipe de Gales, tomaba la corona para sentarse en el trono de Inglaterra con el título de Henrique V.

La historia y las antiguas crónicas contienen al-